

¿Hay bases para las comunidades de base?

¿QUÉ es de las comunidades de base? La sonora presencia de las comunidades de base de hace tiempo parece que hoy tiene mucho menor alcance. Esta percepción nos ha llevado a preguntarnos por la situación de esta realidad, por su contribución actual y por las «bases» para su futuro.

1. Las comunidades de base, un movimiento eclesial

LAS comunidades de base son hijas del Concilio y nacen sobre todo en la «geografía del dolor» (Juan Pablo II). La «Lumen Gentium» les impulsa en varias líneas que asumen. Primero, se concibe a la Iglesia como un pueblo de iguales en dignidad que participan en comunidad. Segundo, se pone en el centro a las comunidades locales, pequeñas y pobres. En tercer lugar, la «opción fundamental a favor de la Historia» (F. Koenig) que toma el Vaticano II dirigirá a muchas comunidades a intensificar su trabajo como agentes de cambio. Esto nos da las claves de las comunidades de base, pero se necesitará materializar otro constituyente

que no logró cuajar el Vaticano II: los pobres como sujeto y destinatario preferente de la Iglesia. Esto ocurrirá en Medellín.

La Asamblea de Medellín (1968) fue el momento de eclosión de una realidad cristiana popular emergente en una Latinoamérica sufriente. El movimiento de las comunidades de base surge con la preocupación central de que la nueva Iglesia conciliar asumiera como trabajo y condición principal la liberación de los pobres del Mundo. Hasta el punto de que esa emancipación estructura a las propias comunidades. La comunidad de base, en ese macroproyecto de emancipación histórica, es la «célula inicial de estructuración eclesial» (Gustavo Gutiérrez). Estas comunidades no pretenden ser una alternativa a la Iglesia sino renovarla desde dentro; no surgen como una gran asociación sino como una corriente que busca una reforma global de la Iglesia y la transformación del Mundo.

LATINOAMÉRICA es el continente donde su floración es mayor. En un contexto de constitución de miles de comunidades de base formadas por pobres, campesinos y obreros, se fragua un modelo popular de comunidad. A través de ellas los pobres irrumpen en la Iglesia como un gran grito y logran unir a su movimiento las simpatías y esfuerzos de muchos cristianos y no cristianos de todo el Mundo. El éxito es notable gracias a lo acertado de sus planteamientos como respuesta a las necesidades de ese continente doliente y también al apoyo del episcopado latinoamericano del momento. En Brasil, por ejemplo, se calcularon más de cien mil comunidades de base en el tiempo de máximo esplendor.

En España, la situación es peculiar. Las comunidades de base llegan a una realidad en la que ya existían asociaciones trabajando duramente en ámbitos populares. Los Cristianos por el Socialismo, la Juventud Obrera

Católica, la Vanguardia Obrera Juvenil o las asociaciones rurales de Acción Católica tenían una implantación muy significativa. En la crisis de Acción Católica (1966-68) y de las grandes asociaciones católicas de masas (Congregaciones Marianas o Movimiento Scout Católico), las comunidades de base fueron una opción atractiva para muchas parroquias y algunos centros de institutos religiosos (Franciscanos, por ejemplo) que sintonizaban con su proyecto. El modelo de comunidad de base inspira también la transformación de muchas de las sedes locales de las grandes asociaciones que se desmembraban aceleradamente.

2. La crisis de la transición

LA euforia del proyecto de la transición infló de proyección y compromiso a las comunidades de base, que culmina con la fundación de Comunidades Cristianas Populares en 1973. La década de los ochenta, por contra, supone un cambio en la cultura política española y en la situación religiosa que corre en contra de lo basista.

Dentro de la Iglesia el proyecto basista declinó. Parte del movimiento cristiano popular se diluyó ya que era una militancia de oportunidad y, además, la Iglesia modificó su trayectoria posconciliar. El pontificado de Juan Pablo II decide reordenar la situación de la Iglesia para darle mayor cohesión y depurar algunas iniciativas pastorales que son consideradas perjudiciales. Entre otras, se señala a las comunidades de base, las cuales son objeto de revisión. Se las margina de las convocatorias a seglares asociados y a su vez se automarginan por reacción (favoreciendo de esta forma el juego a quien busca su regresión). En nuestro país el episcopado nunca asumió la comunidad de base como un proyecto posible sino que, a lo sumo, editó una suma de líneas de «orientación de

pequeñas comunidades». Tampoco plantearon alternativas viables a esas comunidades populares. Es sonoro el fracaso episcopal al intentar articular un movimiento de base, sobre todo en el mundo popular. En este campo se ha confiado implícitamente en asociaciones que no promueven el compromiso ciudadano y colectivo con la Justicia, como los Neocatecumenales.

La cultura política también cambia y esto descoloca a las comunidades de base (y al resto de las asociaciones católicas populares). Primero, cambia el sujeto popular. Lo obrero y lo campesino declinan como sujeto histórico para dar lugar a una estratificación social más compleja (se diluye la conciencia de clase) y unas correspondencias políticas plurales. Segundo, la izquierda española, liderada por el PSOE, se transforma del socialismo a una ideología socioliberal. Esto desorienta y desarticula el proyecto tradicional de izquierdas, obligando a un rápido transformismo a amplios sectores sociales. Frente a ese transformismo las comunidades de base han logrado conservar aspiraciones permanentes que han conectado con nuevas estrategias, como los movimientos sociales o nuevas formas de militancia en los partidos y sindicatos.

3. El examen de conciencia de las comunidades de base

ESTE cambio del contexto social, eclesial y el propio desarrollo histórico de las comunidades de base generaron unos problemas sobre los que las propias comunidades han reflexionado y en parte elaborado propuestas que intentan superarlos:

A) Las comunidades de base no son vistas como una alternativa para la forma de Iglesia sino que son etiquetadas como una asociación más. Las sanciones episcopales a que han sido sometidas las han llevado a un hábito permanente de enfrentamiento y autoexclusión,

lo que refuerza la idea de asociación autónoma. Esta radicalización inducida por la Jerarquía ha marginado a las comunidades de base y las ha desautorizado como una oferta posible para participar y para ser promovida desde muchos lugares de la organización de la Iglesia (consejos pastorales, delegaciones pastorales, etc.). La división del movimiento basista en distintas organizaciones (Iglesia de Base, Comunidades Cristianas Populares...) tampoco favorece su difusión.

B) El modelo de «comunidad de base» es adaptado y vulgarizado por muchas pequeñas comunidades cristianas que se autodenominan por ese nombre pese a no estar conectadas con las plataformas basistas ni haber asimilado su programa. También se forman coordinadoras diocesanas que dicen reunir «comunidades de base» pero que en realidad reúnen a todo tipo de asociación de seglares que exista en la región. Se asumen ciertos elementos del proyecto liberacionista pero no íntegramente. Esto debilita al movimiento genérico de las comunidades de base que ven adulterada su propuesta original.

C) La cultura general de las comunidades de base en nuestro país se ha basado en la conciencia de clase y en una opción de clase. Han llegado a concebirse (y de hecho forma parte de su imaginario actual) como «organizaciones de clase» en el viejo lenguaje gramsciano. Sobre todo en España todavía se aplican muchas veces esquemas dualistas que son propios de sociedades empobrecidas como algunas latinoamericanas, pero improcedentes en sociedades de estratificación plural como las occidentales. La importación de las teologías de la liberación, sin hacer una reflexión en la realidad europea, pone muchas limitaciones. En este sentido el obrerismo de otras asociaciones religiosas populares como HOAC o JOC han elaborado recursos analíticos que son más realistas. Esos desajustes han provocado que muchas personas se sintieran excluidas y han inducido a falsos

desclasamientos de personas que veían que su realidad no era plenamente obrera. Estos fenómenos se acentúan al incorporarse la nueva generación de miembros a esta corriente, que no han vivido los ambientes ideológicos de los años 70. Aunque hay un perfil de clase más popular que en otros espacios asociativos, no se corresponde con la vieja iconografía campesina u obrera. Otro reto que se plantean es la participación real de personas marginadas para ser más genuinamente lo que dicen ser.

D) Las comunidades de base también tienen en ocasiones un gran déficit religioso. Se vació lo escatológico del Reino y se comprendió en ocasiones a las comunidades de base simplemente como un instrumento de concienciación y promoción socio-política. Se ha subrayado el sentido conciliar de Pueblo a la vez que ha quedado raquítico el sentido inseparable de Cuerpo. Los veteranos del movimiento reconocen que se ha minusvalorado la mística en favor de una renovación no plena de la liturgia y la oración. En este sentido hay un gran trabajo crítico y últimamente hay muchas propuestas que subrayan el valor de la oración personal, de cuidar la liturgia en las celebraciones, del silencio, etc.

E) Las comunidades de base a veces se han comportado de una forma mesiánica. Han asumido el carisma profético con tal fervor que a veces les ha impedido asimilar la pluralidad. Esto ha creado tensiones a su alrededor y ha dañado su sentido de la proporción. Han sido frecuentes los maximalismos y purismos ante los que muchas personas han contraído temores y precauciones.

4. La estabilización de los noventa

EN esta década de los noventa las comunidades de base han pasado la travesía del desierto aunque aún quedan numerosos retos para su prosperidad. Esa mejora de la situación se debe a una coyuntura más favorable y a la revisión propia. Por una

parte, al principio de la década han hecho una revisión profunda de su proceso y han formulado una autocrítica seria de algunos aspectos. Por otra parte, se ha logrado reorganizar algo de la cultura de izquierdas en nuevas propuestas emergentes (movimientos sociales, corrientes libertarias como la ocupación de viviendas, la insumisión antimilitar y fiscal, el renacimiento de lo vecinal, etc.).

Además ha desarrollado una cobertura cultural de resistencia, la «moral de intemperie» que ha cohesionado e ilusionado más a sus miembros.

La resistencia de los veteranos, la autocrítica y el cambio de coyuntura han dado viabilidad a un proyecto que en momentos ha temido por su extinción. El cambio generacional todavía está pendiente y las bases jóvenes no son abundantes. En España sus representantes reconocen que son pocos y que no crecen ni en comunidades ni en bases. En algunos entornos religiosos (dominicos, franciscanos o jesuitas) son una excepción. Su peso simbólico es mucho mayor que su peso en efectivos de militancia. Además la corriente padece la patología de la división que tanto caracteriza al asociacionismo español: hay demasiadas organizaciones e inconexas. Ese minifundismo asociativo perjudica la eficacia de las acciones y de la oferta a nuevas incorporaciones personales y colectivas que impulsen el proyecto. Los intentos de que diversas causas (como el manifiesto «Somos Iglesia») funcionen como catalizador que una al movimiento basista han logrado tenues resultados.

5. La herencia viva de las comunidades de base

HAY una herencia de aquel movimiento que ha sido incorporada a la mayor parte de la Iglesia y otras causas comunes que esa corriente ayudó a asumir: la primacía del sufriente al hacer teología y en

la vida de la Iglesia, la crítica al sistema capitalista, parte de su teología política, una renovación política de la solidaridad internacional, cierto igualitarismo anticlerical, la masiva participación laical, la militancia ciudadana.

El futuro de las comunidades de base parece esperanzador por cuanto cuentan con una tradición muy potente, tienen recursos humanos y despiertan todavía interés en un sector amplio de nuestra sociedad. El movimiento de comunidades de base tiene ante sí muchos retos. Algunos pasan por su propia transformación y otros señalan al entorno eclesial y social.

*Un reto es abrir cauces eclesiales (más allá de la mera coordinación) que hagan permeable la relación con el resto de la Iglesia de forma que se posibilite una mutua conversión. Otro reto es recrear una nueva síntesis de los problemas de lucha de clases y sociedad civil, tal como ya lo han realizado la JOC u otras asociaciones. Un tercer reto es la renovación generacional, una asignatura pendiente que no se ha sabido enfocar. A esos retos tiene sentido darles respuesta por los muchos frutos que el movimiento basista ha dado hasta ahora. Hay que reconocer sus muchos méritos en hacer posible el Reino especialmente allí donde la Vida está más amenazada y olvidada. Y sobre todo hay que responder porque la Iglesia tiene el reto no solucionado de ser una Iglesia popular y de unir su historia a los más pobres. Las comunidades de base son una realidad. Tienen una apuesta decidida por «lo utópico» e impulsan presencias significativas, personales y colectivas, en los campos sociopolíticos y eclesiales más avanzados y transformadores. Esto es posible **a base de** compromisos resistentes y de darle un sentido pascual fecundo al fracaso y a la represión. Una herencia viva que da **bases** de sobra para la prosperidad de las comunidades de **base**.*